

EDITORIAL

Oración de gratitud

El Juramento Hipocrático nos exige a los médicos, poniendo por testigo a los dioses, al Dios de cada uno de nosotros, que expresemos y practiquemos la gratitud, pues es imposible que tan noble virtud no esté presente en sitial preeminente en el alma de quienes dedicamos toda nuestra capacidad, toda nuestra fuerza, todo nuestro entusiasmo, a servir honestamente a la persona humana en la guarda de su más preciado patrimonio: su existencia.

Virtud esta, la gratitud, que ahonda sus raíces en un certero conocimiento y aceptación de nuestra infinita pequeñez como criatura, una de las más frágiles, si no la más, en el ámbito terrestre, y, al mismo tiempo, paradójicamente, en la infinita grandeza que se nos otorgó con la dádiva de la inteligencia, la razón, la voluntad y la libertad para decidir nuestras acciones. De la vivencia, consciente o inconsciente, de estos dos elementos infinitos y antagónicos, estructurales de nuestra condición humana, surge, o debe surgir, como luminoso faro, como fresca fuente, la gratitud.

Gratitud reverencial a Dios, nuestro Creador, por habernos estructurado con la sensibilidad y la serenidad indispensables para optar por la ayuda en favor de quien la requiera, en el campo de la salud. Gratitud por habernos dotado con la capacidad mental para comprender el sufrimiento humano y proyectar las posibles acciones con las cuales podemos aminorarlo, entre ellas el acompañamiento solidario y afectuoso, pues "donde no puede llegar la técnica debe llegar la misericordia".

Gratitud a nuestros padres y a nuestros maestros que, en los primeros años de nuestra vida, contribuyeron a forjar una personalidad que no cediera ante las dificultades, que templaron el sentido de libertad responsable que nos permitiera asumir frente a los pacientes los delicados retos éticos que plantea el ejercicio de la profesión.

Profunda gratitud a la Universidad de Antioquia, donde cursamos estudios profesionales, y a nuestros Maestros Médicos que nos brindaron con su conducta noble, honrada, con su recia personalidad, imágenes de identidad y que dejaron profundas huellas en quienes nos honramos en ser sus discípulos. Doy gracias a Dios porque algunos de ellos me acompañan en esta ceremonia, porque me honran con su presencia en este día tan especial para mí.

Profunda gratitud a los más cercanos familiares, especialmente a nuestros hijos y a nuestros nietos, que soportaron pacientemente los desvelos en búsqueda de mayor certeza en los conocimientos académicos, las frecuentes y a veces prolongadas ausencias en el cumplimiento oportuno y diligente de nuestra misión, que compartieron silenciosa y cariñosamente nuestras angustias y supieron inspirarnos esperanzas y fuerzas en el quehacer médico.

Gratitud a los colegas y, especialmente, a los amigos que, a veces, sin proponérselo, compartieron el éxito y los duros momentos de pesadumbre, de desaliento, de impotencia ante la vida que se extinguía a pesar de no haber escatimado perseverancia, conocimientos y esfuerzos.

Gratitud a los pacientes y, en nuestro caso, a los padres de tantos niños que confiaron en nosotros y nos constituyeron en colaboradores plenos del óptimo desarrollo y crecimiento de sus hijos.

Gratitud a los jóvenes alumnos que nos han permitido marchar a su lado existencialmente y mostrarles, según nuestro leal saber y entender, las pequeñas grandes cosas que son el más rico patrimonio de quienes sentimos preocupación por la vida digna del ser humano. Ellos nos enseñaron a mirar siempre, con ojos jóvenes, lo asombroso de la existencia.

Profunda gratitud a la Universidad Pontificia Bolivariana, a sus Directivos, a los de su Facultad de Medicina que nos acogieron sin reticencias, que confiaron sus futuros médicos a nuestra condición de docente en una de las materias de mayor trascendencia en la formación de la vida profesional y ciudadana: la bioética. De una bioética fundamentada en los firmes principios de un sumo respeto a la dignidad absoluta o incondicional de la persona humana desde su concepción; una bioética comprensiva de la divergencia de conceptos, dispuesta al diálogo constructivo, enriquecedor, pero no al compromiso o consenso que desfigura, aminora o destruye aquella dignidad; una bioética que enseñe y practique el respeto a todos los seres creados, a todos nosotros los seres que conformamos el mundo, este mundo que debemos dejar en herencia y como bien habitable a quienes nos sucedan; una bioética, en fin, que ilumine caminos de bondad que permitan acercarnos cada vez más al «Absoluto absolutamente Absoluto». Sí, una bioética que comprenda y penetre más y más en el estudio de esos dos elementos estructurales de nuestra condición humana de que hablamos antes: la pequeñez infinita y la infinita grandeza, y que oriente así los actos libres del hombre, combatiendo el mal sin destruir a quien adhiere a él, que siga el ejemplo del Divino Maestro, que sólo condenó las actitudes de los hipócritas que hacían más difícil el sendero hacia Dios, en lugar de sembrarlo de fe, de esperanza y de amor. Gracias, de nuevo, a esos Directivos que escucharon y apoyaron en más de una ocasión nuestras inquietudes, no obstante nuestras propias limitaciones.

Gratitud a nuestros amigos compañeros de docencia y a todas las personas que con ellos, en diversos campos y situaciones, hicieron posible nuestro progreso espiritual y académico, que nos brindaron con su ejemplo y su oportuna y gentil colaboración, conocimientos, entusiasmo y apoyo, así aparentemente su acción fuera pequeña, fácil y ocasional.

Gratitud a los bondadosos amigos que promovieron esta exaltación de lo que hemos llevado a cabo y de lo cual lo único que podemos proclamar es que lo realizamos colmados de amor, procurando cumplir fielmente nuestro deber, nuestra vocación de servicio, tratando de superar nuestras muchas debilidades.

En esta ocasión, y lo expresamos sin ambages, en el otorgamiento de esta preciada distinción hay, sin duda, más bondad en quienes así lo deciden que verdaderos méritos en quien es honrado con ella. La recibimos con verdadera humildad, pero colmados de felicidad y reconociendo que nos exige un mayor compromiso con la misión docente y que es, al mismo tiempo, una exaltación de la labor de quienes han compartido los sueños y el logro de las metas propuestas.

Elevamos una ferviente súplica a Dios Padre Providente para que los talentos que tuvo a bien confiarnos se multipliquen en nuestras manos y el día de rendirle cuentas nos juzgue misericordiosamente como a siervos fieles y honrados.

No encontramos en nuestro vocabulario las palabras apropiadas para expresar debidamente nuestra gratitud; acudimos entonces a lo que, en situación similar, escribiera en bellísimo poema Ricardo Nieto:

*«¿Estoy soñando acaso?
¡Soñé toda mi vida! ...
Mi alma pequeña y frágil vivió siempre dormida;
la voy a despertar
para que acuda y mire lo que por ella se hace;
tened piedad, vosotros,
si al veros se deshace
como un copo de espuma que rueda sobre el mar.
-- ¡Despiértate, alma mía, despiértate!... -- No puedo;
estoy mirando todo y tengo frío y miedo, ime van a hacer
llorar!*

Ramón Córdoba Palacio

Medellín, 7 de diciembre de 2000